

The background of the cover is a textured, aged parchment-like surface. At the top, there is a faint, ornate decorative border. In the center, there is a faint, ethereal illustration of a figure, possibly a woman, with long hair, wearing a long, flowing dress. The figure is surrounded by a soft, golden glow. Two large, detailed feathers are positioned on the left and right sides of the central figure, one pointing upwards and the other downwards. The overall color palette is warm, with shades of gold, brown, and green.

Edgar Allan Poe
El Sistema del
Dr. Tarr y el
Profesor Fether

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL SISTEMA DEL DR. TARR Y EL PROFESOR FETHER

EDGAR ALLAN POE

**PUBLICADO: 1845
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL SISTEMA DEL DR. TARR Y EL PROFESOR FETHER

DURANTE el otoño de 18—, mientras realizaba un viaje por las provincias más meridionales de Francia, mi ruta me llevó a pocas millas de cierta Maison de Santé o manicomio privado, del que mucho había oído hablar en París a mis amigos médicos. Como nunca había visitado un lugar de esa índole, pensé que la oportunidad era demasiado buena para desperdiciarla; así que propuse a mi compañero de viaje (un caballero con quien había trabado una relación casual pocos días antes) que nos desviáramos una hora, más o menos, para echar un vistazo al establecimiento. Él se opuso, alegando prisa en primer lugar y, en segundo, un horror muy habitual ante la visión de un demente. Sin embargo, me rogó que no dejara que la mera cortesía hacia él interfiriera en la satisfacción de mi curiosidad, y dijo que él seguiría adelante sin prisa, de modo que yo pudiera alcanzarlo durante el día o, en cualquier caso, al día siguiente. Mientras se despedía, caí en la cuenta de que podría haber alguna dificultad para conseguir acceso a las instalaciones, y le mencioné mis temores al respecto. Respondió que, en efecto, a menos que yo conociera personalmente al superintendente, Monsieur Maillard, o tuviera alguna credencial en forma de carta, podría encontrar dificultades, ya que las normas de estos manicomios privados eran más estrictas que las leyes de los hospitales públicos. Añadió que, por su parte, él había conocido a Maillard hacía algunos años, y me ayudaría hasta el punto de cabalgar hasta la puerta y presentarme, aunque sus sentimientos respecto a la demencia no le permitirían entrar en la casa.

Le di las gracias y, desviándonos del camino principal, nos adentramos en un sendero cubierto de hierba que, en media hora, casi se perdía en un denso bosque que vestía la falda de una montaña. A través de este bosque húmedo y sombrío cabalgamos unas dos millas, hasta que la Maison de Santé apareció a la vista. Era un château fantástico, muy dilapidado y, de hecho, apenas habitable debido a la edad y el abandono. Su aspecto me inspiró un pavor absoluto y, deteniendo mi caballo, estuve a punto de decidirme a regresar. Sin embargo, pronto me avergoncé de mi debilidad y seguí adelante.

Mientras cabalgábamos hacia la verja, percibí que estaba ligeramente abierta, y el rostro de un hombre atisbaba a través de ella. Un instante después, este hombre salió, saludó a mi compañero por su nombre, le estrechó cordialmente la mano y le rogó que se apeara. Era el propio Monsieur Maillard. Se trataba de un caballero corpulento, de buen ver, de la vieja escuela, con modales refinados y un cierto aire de gravedad, dignidad y autoridad que resultaba muy impresionante.

Mi amigo, tras presentarme, mencionó mi deseo de inspeccionar el establecimiento y, habiendo recibido la garantía de Monsieur Maillard de que me prestaría toda su atención, se despidió, y no volví a verlo.

Cuando se hubo marchado, el superintendente me hizo pasar a un salón pequeño y sumamente pulcro, que contenía, entre otras indicaciones de gusto refinado, muchos libros, dibujos, macetas con flores e instrumentos musicales. Un fuego alegre ardía en el hogar. Al piano, cantando un aria de Bellini, se sentaba una mujer joven y muy hermosa que, a mi entrada, interrumpió su canción y me recibió con elegante cortesía. Su voz era baja, y todos sus modales, contenidos. Me pareció percibir también rastros de dolor en su semblante, que era excesivamente pálido, aunque, para mi gusto, no de forma desagradable. Vestía de luto riguroso, y despertó en mi pecho un sentimiento de respeto, interés y admiración entremezclados.

Había oído en París que la institución de Monsieur Maillard se gestionaba según lo que vulgarmente se denomina el «sistema de la suavidad»: que se evitaban todos los castigos, que incluso rara vez se recurría al confinamiento, que a los pacientes, aunque vigilados en secreto, se les dejaba mucha libertad aparente, y que a la mayoría se les permitía deambular por la casa y los terrenos con el atuendo habitual de las personas en su sano

juicio. Teniendo presentes estas impresiones, fui cauto en lo que dije delante de la joven dama, pues no podía estar seguro de que estuviera cuerda; y, de hecho, había un cierto brillo inquieto en sus ojos que casi me llevó a imaginar que no lo estaba. Limité mis comentarios, por lo tanto, a temas generales, y a aquellos que pensé que no resultarían desagradables o excitantes ni siquiera para un demente. Ella respondió de manera perfectamente racional a todo lo que dije, e incluso sus propias observaciones estaban marcadas por el más sólido sentido común; pero un largo conocimiento de la metafísica de la manía me había enseñado a no dar crédito a tales pruebas de cordura, y continué practicando, durante toda la entrevista, la cautela con la que la había comenzado.

Al poco rato, un elegante lacayo de librea trajo una bandeja con fruta, vino y otros refrescos, de los que participé. La dama abandonó la habitación poco después. En cuanto se marchó, volví mis ojos de manera inquisitiva hacia mi anfitrión.

—No —dijo él—, oh, no. Es un miembro de mi familia; mi sobrina, y una mujer muy distinguida.

—Le pido mil perdones por la sospecha —repliqué—, pero sin duda sabrá usted excusarme. La excelente administración de sus asuntos aquí es bien conocida en París, y pensé que era posible, ya sabe...

—Sí, sí... no diga más. O, mejor dicho, soy yo quien debería agradecerle la loable prudencia que ha demostrado. Rara vez encontramos tanta previsión en los jóvenes; y, más de una vez, ha ocurrido algún desafortunado contre-temps como consecuencia de la falta de consideración por parte de nuestros visitantes. Mientras mi antiguo sistema estaba en funcionamiento, y a mis pacientes se les permitía el privilegio de deambular a su antojo, a menudo eran incitados a un peligroso frenesí por personas imprudentes que venían a inspeccionar la casa. De ahí que me viera obligado a imponer un rígido sistema de exclusión; y nadie obtenía acceso a las instalaciones si no podía confiar en su discreción.

—¡Mientras su antiguo sistema estaba en funcionamiento! —dije, repitiendo sus palabras—. ¿Debo entender, entonces, que el «sistema de la suavidad» del que tanto he oído hablar ya no está en vigor?

—Hace ya varias semanas —replicó— que decidimos renunciar a él para siempre.

—¡De veras! ¡Me asombra usted!

—Consideramos, señor —dijo él, con un suspiro—, que era absolutamente necesario regresar a los antiguos usos. El peligro del sistema de la suavidad era, en todo momento, espantoso; y sus ventajas han sido muy sobrevaloradas. Creo, señor, que en esta casa se le ha dado una oportunidad justa, si es que se le ha dado en alguna. Hicimos todo lo que la humanidad racional podía sugerir. Lamento que no pudiera habernos hecho una visita en un período anterior, para que pudiera haber juzgado por sí mismo. Pero supongo que está usted familiarizado con la práctica de la suavidad... con sus detalles.

—No del todo. Lo que he oído ha sido de tercera o cuarta mano.

—Puedo describir el sistema, entonces, en términos generales, como uno en el que los pacientes eran ménagés ... complacidos. No contradecíamos ninguna fantasía que entrara en el cerebro de los locos. Por el contrario, no solo las consentíamos, sino que las alentábamos; y muchas de nuestras curas más permanentes se han efectuado así. No hay argumento que conmueva tanto la débil razón del loco como el argumentum ad absurdum. Hemos tenido hombres, por ejemplo, que se creían pollos. La cura consistía en insistir en la cosa como un hecho, en acusar al paciente de estupidez por no percibirlo suficientemente como un hecho, y así negarle cualquier otra dieta durante una semana que no fuera la que propiamente pertenece a un pollo. De esta manera, un poco de maíz y gravilla obraban maravillas.

—¿Pero era esta especie de aquiescencia todo?

—En absoluto. Depositábamos mucha fe en entretenimientos de tipo sencillo, como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas, ciertas clases de libros, etcétera. Fingíamos tratar a cada individuo como si padeciera algún trastorno físico ordinario, y la palabra «demencia» nunca se empleaba. Un punto fundamental era poner a cada demente a vigilar las acciones de todos los demás. Depositar confianza en el entendimiento o la discreción de un loco es ganárselo en cuerpo y alma. De esta manera pudimos prescindir de un costoso cuerpo de cuidadores.

—¿Y no tenían castigos de ningún tipo?

—Ninguno.

—¿Y nunca confinaban a sus pacientes?

—Muy rara vez. De vez en cuando, si la enfermedad de algún individuo llegaba a una crisis, o tomaba un repentino giro de furia, lo trasladábamos a una celda secreta, no fuera que su trastorno contagiara al resto, y allí lo manteníamos hasta que podíamos enviarlo con sus amigos; pues con el maníaco furioso no tenemos nada que ver. Generalmente se le traslada a los hospitales públicos.

—¿Y ahora han cambiado todo esto... y creen que para mejor?

—Decididamente. El sistema tenía sus desventajas, e incluso sus peligros. Ahora, felizmente, ha sido descartado en todas las Maisons de Santé de Francia.

—Estoy muy sorprendido —dije— por lo que me cuenta; pues estaba seguro de que, en este momento, no existía ningún otro método de tratamiento para la manía en ninguna parte del país.

—Todavía es usted joven, amigo mío —replicó mi anfitrión—, pero llegará el momento en que aprenderá a juzgar por sí mismo lo que ocurre en el mundo, sin confiar en los chismes de los demás. No crea nada de lo que oiga, y solo la mitad de lo que vea. Ahora, sobre nuestras Maisons de Santé, está claro que algún ignorante lo ha malinformado. Después de la cena, sin embargo, cuando se haya recuperado lo suficiente de la fatiga de su viaje, estaré encantado de mostrarle la casa y presentarle un sistema que, en mi opinión, y en la de todos los que han presenciado su funcionamiento, es incomparablemente el más eficaz ideado hasta la fecha.

—¿Suyo propio? —inquirí—. ¿Uno de su propia invención?

—Me enorgullece —respondió— reconocer que lo es... al menos en cierta medida.

De esta manera conversé con Monsieur Maillard durante una hora o dos, tiempo durante el cual me mostró los jardines e invernaderos del lugar.

—No puedo dejarle ver a mis pacientes —dijo—, por el momento. Para una mente sensible siempre hay algo más o menos impactante en tales exhibiciones; y no deseo estropearle el apetito para la cena. Cenaremos. Puedo ofrecerle un poco de ternera à la Menchault, con coliflores en salsa velouté

... después de eso, una copa de Clos de Vougeot... entonces sus nervios estarán suficientemente templados.

A las seis, se anunció la cena; y mi anfitrión me condujo a una gran salle à manger, donde se había reunido una compañía muy numerosa: veinticinco o treinta en total. Eran, aparentemente, gente de alcurnia — ciertamente de buena cuna —, aunque sus atuendos, pensé, eran extravagantemente ricos, participando demasiado de la ostentosa galanura de la vieille cour. Noté que al menos dos tercios de estos invitados eran damas; y algunas de estas últimas no estaban en absoluto ataviadas con lo que un parisino consideraría de buen gusto en la actualidad. Muchas mujeres, por ejemplo, cuya edad no podía ser inferior a setenta años, iban engalanadas con profusión de joyas, tales como anillos, pulseras y pendientes, y llevaban el pecho y los brazos vergonzosamente descubiertos. Observé, también, que muy pocos de los vestidos estaban bien hechos o, al menos, que muy pocos de ellos sentaban bien a quienes los llevaban. Al mirar a mi alrededor, descubrí a la interesante muchacha que Monsieur Maillard me había presentado en el pequeño salón; pero mi sorpresa fue grande al verla llevando un miriñaque y un verdugado, con zapatos de tacón alto, y una cofia sucia de encaje de Bruselas, tan grande para ella que daba a su rostro una expresión ridículamente diminuta. Cuando la había visto por primera vez, iba ataviada, muy decorosamente, de luto riguroso. Había un aire de extravagancia, en resumen, en la vestimenta de todo el grupo, que, al principio, me hizo volver a mi idea original del «sistema de la suavidad», y fantasear con que Monsieur Maillard había estado dispuesto a engañarme hasta después de la cena, para que yo no experimentara sentimientos incómodos durante el ágape, al encontrarme cenando con dementes; pero recordé que me habían informado, en París, que los provincianos del sur eran gente peculiarmente excéntrica, con un vasto número de nociones anticuadas; y además, al conversar con varios miembros de la compañía, mis aprensiones se disiparon inmediatamente y totalmente.

El comedor en sí, aunque quizá suficientemente cómodo y de buenas dimensiones, no tenía nada de elegante. Por ejemplo, el suelo estaba sin alfombrar; en Francia, sin embargo, a menudo se prescinde de la alfombra. Las ventanas, también, carecían de cortinas; los postigos, estando cerrados, estaban firmemente asegurados con barras de hierro, aplicadas en diagonal, a la manera de las contraventanas de nuestras tiendas corrientes. El aposen-

to, observé, formaba, en sí mismo, un ala del château , y así las ventanas estaban en tres lados del paralelogramo, estando la puerta en el otro. Había no menos de diez ventanas en total.

La mesa estaba magníficamente dispuesta. Estaba cargada de vajilla de plata, y más que cargada de exquisiteces. La profusión era absolutamente bárbara. Había carnes suficientes para haber festejado a los Anaceos. Nunca, en toda mi vida, había presenciado un dispendio tan pródigo, tan derrochador de las cosas buenas de la vida. Parecía haber muy poco gusto, sin embargo, en los arreglos; y mis ojos, acostumbrados a las luces tenues, se sintieron tristemente ofendidos por el prodigioso resplandor de una multitud de velas de cera que, en candelabros de plata, estaban depositadas sobre la mesa, y por toda la habitación, dondequiera que era posible encontrar un lugar. Había varios sirvientes activos atendiendo; y, sobre una gran mesa, en el extremo más alejado del aposento, estaban sentadas siete u ocho personas con violines, pífanos, trombones y un tambor. Estos tipos me molestaron mucho, a intervalos, durante el ágape, con una infinita variedad de ruidos, que pretendían ser música, y que parecían proporcionar mucho entretenimiento a todos los presentes, con la excepción de mí mismo.

En conjunto, no pude evitar pensar que había mucho de estrafulario en todo lo que veía; pero, al fin y al cabo, el mundo está hecho de todo tipo de personas, con todos los modos de pensamiento y toda suerte de costumbres convencionales. Había viajado, además, tanto, como para ser todo un adepto al nil admirari ; así que tomé asiento con mucha calma a la derecha de mi anfitrión y, teniendo un apetito excelente, hice justicia al buen festín dispuesto ante mí.

La conversación, entretanto, era animada y general. Las damas, como de costumbre, hablaban muchísimo. Pronto descubrí que casi toda la compañía era bien educada; y mi anfitrión era un mundo de anécdotas de buen humor en sí mismo. Parecía bastante dispuesto a hablar de su posición como superintendente de una Maison de Santé ; y, de hecho, el tema de la demencia era, para mi gran sorpresa, uno de los favoritos de todos los presentes. Se contaron muchísimas historias divertidas, referentes a las excentricidades de los pacientes.

—Tuvimos un tipo aquí una vez —dijo un caballero gordo y bajito, que se sentaba a mi derecha—, un tipo que se creía una tetera; y, por cierto, ¿no

es especialmente singular la frecuencia con que esta particular manía ha entrado en el cerebro del demente? Apenas hay un manicomio en Francia que no pueda proporcionar una tetera humana. Nuestro caballero era una tetera de peltre, y tenía cuidado de sacarse brillo cada mañana con gamuza y blanquillo.

— Y luego —dijo un hombre alto justo enfrente—, tuvimos aquí, no hace mucho, a una persona a la que se le había metido en la cabeza que era un burro; lo cual, hablando alegóricamente, dirá usted, era bastante cierto. Era un paciente problemático; y nos costó mucho mantenerlo a raya. Durante mucho tiempo no quiso comer nada más que cardos; pero de esta idea lo curamos pronto insistiendo en que no comiera nada más. Luego estaba perpetuamente lanzando coces... así... así...

— ¡Señor De Kock! ¡Le agradeceré que se comporte! —interrumpió aquí una anciana dama, que se sentaba junto al que hablaba—. ¡Haga el favor de no mover los pies! ¡Me ha estropeado el brocado! ¿Es necesario, pregunto, ilustrar una observación de un modo tan práctico? Nuestro amigo aquí presente seguramente puede comprenderle sin todo eso. ¡Por mi vida, que es usted casi tan burro como el pobre desafortunado imaginaba serlo él mismo! Su actuación es muy natural, ¡vaya si lo es!

— Mille pardons! Ma'm'selle! —replicó Monsieur De Kock, así interpelado—. ¡Mil perdones! No tenía intención de ofender. Ma'm'selle Laplace... Monsieur De Kock se hará el honor de tomar un vino con usted.

Aquí Monsieur De Kock hizo una profunda reverencia, besó su mano con mucha ceremonia y tomó vino con Ma'm'selle Laplace.

— Permítame, mon ami —dijo ahora Monsieur Maillard, dirigiéndose a mí—, permítame enviarle un bocado de esta ternera à la St. Menhault ... la encontrará particularmente exquisita.

En ese instante, tres robustos camareros acababan de lograr depositar con seguridad sobre la mesa una enorme fuente, o trinchero, que contenía lo que supuse era el « monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum ». Un escrutinio más atento me aseguró, sin embargo, que era solo un pequeño ternero asado entero, y puesto sobre sus rodillas, con una manzana en la boca, como es la costumbre inglesa de aderezar una liebre.

—Gracias, no —repliqué—; a decir verdad, no soy particularmente aficionado a la ternera à la St. ... ¿qué es?..., pues no encuentro que me siente del todo bien. Cambiaré de plato, sin embargo, y probaré algo del conejo.

Había varias fuentes secundarias en la mesa, que contenían lo que parecía ser el conejo francés ordinario: un morceau muy delicioso, que puedo recomendar.

—¡Pierre! —gritó el anfitrión—, cambia el plato de este caballero, y dale una ración de este conejo au-chat .

—¿Este qué? —dije yo.

—Este conejo au-chat .

—Vaya, gracias... pensándolo mejor, no. Me serviré un poco del jamón.

No hay forma de saber lo que uno come, pensé para mis adentros, en las mesas de esta gente de provincias. No quiero nada de su conejo au-chat ... y, ya puestos, tampoco nada de su gato au-lapin .

—Y luego —dijo un personaje de aspecto cadavérico, cerca de la parte baja de la mesa, retomando el hilo de la conversación donde se había interrumpido—, y luego, entre otras rarezas, tuvimos un paciente, una vez, que mantenía muy pertinazmente ser un queso de Córdoba, e iba por ahí, con un cuchillo en la mano, solicitando a sus amigos que probaran una pequeña tajada de la mitad de su pierna.

—Era un gran tonto, sin duda —interpuso alguien—, pero no comparable con cierto individuo que todos conocemos, con la excepción de este extraño caballero. Me refiero al hombre que se creía una botella de champán, y siempre se disparaba con un «pop» y un siseo, de esta manera.

Aquí el hablante, muy groseramente, según pensé, se metió el pulgar derecho en la mejilla izquierda, lo retiró con un sonido parecido al descorchar de una botella, y luego, con un diestro movimiento de la lengua sobre los dientes, creó un agudo silbido y burbujeo, que duró varios minutos, a imitación de la espuma del champán. Este comportamiento, vi claramente, no fue muy agradable para Monsieur Maillard; pero ese caballero no dijo nada, y la conversación fue reanudada por un hombrecillo muy delgado con una gran peluca.

— Y luego hubo un ignorante —dijo— , que se confundió a sí mismo con una rana, a la cual, por cierto, se parecía en no poco grado. Ojalá pudiera usted haberlo visto, señor —aquí el hablante se dirigió a mí— , le habría alegrado el corazón ver los aires naturales que se daba. Señor, si ese hombre no era una rana, solo puedo observar que es una lástima que no lo fuera. Su croar, así... ¡o-o-o-o-gh... o-o-o-o-gh! era la nota más fina del mundo... un Si bemol; y cuando ponía los codos sobre la mesa, así... después de tomar una copa o dos de vino... y dilatava la boca, así, y ponía los ojos en blanco, así, y los guiñaba con excesiva rapidez, así, ¡pues entonces, señor, me atrevo a decir, positivamente, que se habría quedado usted absorto en admiración por el genio del hombre!

— No me cabe duda —dije.

— Y luego —dijo alguien más— , luego estaba Petit Gaillard, que se creía una pizca de rapé, y estaba verdaderamente angustiado porque no podía cogerse a sí mismo entre su propio pulgar e índice.

— Y luego estaba Jules Desoulières, que era un genio muy singular, ciertamente, y se volvió loco con la idea de que era una calabaza. Perseguía al cocinero para que lo hiciera tartas... cosa que el cocinero se negaba indignadamente a hacer. ¡Por mi parte, no estoy en absoluto seguro de que una tarta de calabaza à la Desoulières no hubiera sido un bocado realmente excelente!

— ¡Me asombra usted! —dije; y miré inquisitivamente a Monsieur Mailard.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —dijo aquel caballero—. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ... ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ... ¡Ju! ¡Ju! ¡Ju! ¡Ja! ... ¡Muy bueno, ciertamente! No debe asombrarse, mon ami ; nuestro amigo aquí es un ingenioso... un drôle ... no debe entenderlo al pie de la letra.

— Y luego —dijo algún otro del grupo— , luego estaba Bouffon Le Grand... otro personaje extraordinario a su manera. Se trastornó por amor, y se imaginó poseedor de dos cabezas. Una de ellas sostenía que era la cabeza de Cicerón; la otra imaginaba que era una composición, siendo la de Demóstenes desde la parte superior de la frente hasta la boca, y la de Lord Brougham desde la boca hasta la barbilla. No es imposible que estuviera equivocado; pero le habría convencido a usted de que estaba en lo cierto;

pues era un hombre de gran elocuencia. Tenía una auténtica pasión por la oratoria, y no podía refrenarse de hacer exhibiciones. Por ejemplo, solía saltar sobre la mesa de la cena, así, y... y...

Aquí un amigo, al lado del hablante, puso una mano sobre su hombro y le susurró unas pocas palabras al oído, tras lo cual dejó de hablar con gran brusquedad, y se hundió de nuevo en su silla.

— Y luego — dijo el amigo que había susurrado —, estaba Boullard, la pirinola. Lo llamo la pirinola porque, de hecho, le acometió la manía, graciosa pero no del todo irracional, de que se había convertido en una pirinola. Se habría usted desternillado de risa viéndolo girar. Daba vueltas sobre un talón durante horas, de esta manera... así...

Aquí el amigo al que acababa de interrumpir con un susurro, realizó exactamente el mismo servicio para él.

— Pero entonces — gritó la anciana dama, a pleno pulmón —, ¡su Monsieur Boullard era un loco, y un loco muy tonto, en el mejor de los casos; pues ¿quién, permítame preguntarle, ha oído hablar alguna vez de una pirinola humana? La cosa es absurda. Madame Joyeuse era una persona más sensata, como usted sabe. Tenía una manía, pero estaba imbuida de sentido común, y daba placer a todos los que tenían el honor de conocerla. Descubrió, tras madura deliberación, que, por algún accidente, se había convertido en un gallo; pero, como tal, se comportaba con propiedad. Batía las alas con prodigioso efecto... así... así... y, en cuanto a su canto, ¡era delicioso! ¡Quiquiriquí! ... ¡quiquiriquí! ... ¡quiquiriquí-quí-quiiiiii-i-i-i-i-i-i!

— ¡Madame Joyeuse, le agradeceré que se comporte! — interrumpió aquí nuestro anfitrión, muy enfadado —. Puede conducirse como debe hacerlo una dama, o puede abandonar la mesa inmediatamente... elija.

La dama (a quien me asombró mucho oír interpelar como Madame Joyeuse, después de la descripción de Madame Joyeuse que acababa de dar) se sonrojó hasta las cejas, y pareció sumamente avergonzada por la repri-menda. Agachó la cabeza, y no dijo ni una sílaba en respuesta. Pero otra dama, más joven, retomó el tema. Era mi hermosa muchacha del pequeño salón.

— ¡Oh, Madame Joyeuse era una tonta! — exclamó —, pero había realmente mucho sentido común, después de todo, en la opinión de Eugénie

Salsafette. Era una señorita muy hermosa y dolorosamente modesta, que pensaba que el modo ordinario de vestir era indecente, y deseaba vestirse, siempre, poniéndose por fuera en lugar de por dentro de sus ropas. Es algo muy fácil de hacer, después de todo. Solo tienes que hacer así... y luego así... así... así... y luego así... así... así... y luego así... así... y entonces...

— Mon dieu! Ma'm'selle Salsafette! — gritaron aquí una docena de voces a la vez — . ¿Qué está haciendo? ... ¡absténgase! ... ¡es suficiente! ... ¡ve-mos, muy claramente, cómo se hace! ... ¡deténgase! ¡deténgase!

Y varias personas ya estaban saltando de sus asientos para impedir que Ma'm'selle Salsafette se pusiera a la par de la Venus de Médici, cuando el asunto fue muy eficaz y repentinamente resuelto por una serie de fuertes gritos, o alaridos, provenientes de alguna parte del cuerpo principal del château .

Mis nervios se vieron muy afectados, ciertamente, por estos alaridos; pero el resto de la compañía... realmente los compadecí. Nunca vi a ningún grupo de gente razonable tan completamente asustado en mi vida. Todos se pusieron pálidos como tantos cadáveres y, encogiéndose en sus asientos, se quedaron temblando y farfullando de terror, y escuchando por si se repetía el sonido. Volvió a oírse... más fuerte y aparentemente más cercano... y luego una tercera vez, muy fuerte, y luego una cuarta vez con un vigor evidentemente disminuido. Ante esta aparente extinción del ruido, los ánimos de la compañía se recuperaron inmediatamente, y todo volvió a ser vida y anécdotas como antes. Me aventuré entonces a preguntar la causa del disturbio.

— Una mera bagatelle — dijo Monsieur Maillard — . Estamos acostumbrados a estas cosas, y realmente nos importan muy poco. Los dementes, de vez en cuando, organizan un concierto de aullidos; uno incitando al otro, como a veces ocurre con una jauría de perros por la noche. Ocasionalmente sucede, sin embargo, que a los alaridos concertados les sigue un esfuerzo simultáneo por liberarse, y entonces, por supuesto, cabe temer algún pequeño peligro.

— ¿Y cuántos tiene a su cargo?

— En la actualidad no tenemos más de diez, en total.

— ¿Principalmente mujeres, supongo?

—Oh, no... todos ellos hombres, y tipos fornidos, además, puedo asegurárselo.

—¡De veras! Siempre había entendido que la mayoría de los dementes eran del sexo débil.

—Generalmente es así, pero no siempre. Hace algún tiempo, había unos veintisiete pacientes aquí; y, de ese número, no menos de dieciocho eran mujeres; pero, últimamente, las cosas han cambiado mucho, como ve.

—Sí... han cambiado mucho, como ve —interrumpió aquí el caballero que había roto las espinillas de Ma'm'selle Laplace.

—¡Sí... han cambiado mucho, como ve! —coreó la compañía entera al unísono.

—¡Cierren la boca, todos ustedes! —dijo mi anfitrión, con gran furia.

Tras lo cual, toda la compañía mantuvo un silencio sepulcral durante casi un minuto. En cuanto a una dama, obedeció a Monsieur Maillard al pie de la letra, y sacando la lengua, que era excesivamente larga, la sostuvo muy resignadamente, con ambas manos, hasta el final del ágape.

—Y esta dama —le dije a Monsieur Maillard, inclinándome y dirigiéndome a él en un susurro—, esta buena señora que acaba de hablar, y que nos obsequia con el quiquiriquí... ella, presumo, es inofensiva... completamente inofensiva, ¿eh?

—¡Inofensiva! —exclamó él, con sorpresa no fingida—. Vaya... vaya, ¿qué quiere usted decir?

—¿Solo ligeramente afectada? —dije, tocándome la cabeza—. Doy por sentado que no está particularmente... no peligrosamente afectada, ¿eh?

— Mon dieu! ¿Qué es lo que imagina? Esta dama, mi distinguida vieja amiga Madame Joyeuse, está tan absolutamente cuerda como yo mismo. Tiene sus pequeñas excentricidades, sin duda... pero, ya sabe, todas las ancianas... todas las mujeres muy ancianas... ¡son más o menos excéntricas!

—Sin duda —dije—, sin duda... y entonces el resto de estas damas y caballeros...

—Son mis amigos y cuidadores —interrumpió Monsieur Maillard, irguiéndose con altivez—, mis muy buenos amigos y ayudantes.

—¡Cómo! ¿Todos ellos? —pregunté—. ¿Las mujeres y todos?

—Por supuesto —dijo—. No podríamos arreglárnoslas en absoluto sin las mujeres; son las mejores enfermeras de dementes del mundo; tienen una forma de hacer las cosas, ya sabe; sus ojos brillantes tienen un efecto maravilloso... algo así como la fascinación de la serpiente, ya sabe.

—Sin duda —dije—, ¡sin duda! Se comportan un poco raro, ¿eh? ... son un poco extraños, ¿eh? ... ¿no le parece?

—¡Raros! ... ¿Extraños? ... Vaya, ¿realmente lo cree? No somos muy mojigatos, sin duda, aquí en el Sur... hacemos más o menos lo que nos place... disfrutamos de la vida, y todo ese tipo de cosas, ya sabe...

—Sin duda —dije—, sin duda.

—Y entonces, quizá, este Clos de Vougeot se sube un poco a la cabeza, ya sabe... un poco fuerte... usted comprende, ¿eh?

—Sin duda —dije—, sin duda. Por cierto, Monsieur, ¿le entendí decir que el sistema que ha adoptado, en lugar del célebre sistema de la suavidad, era uno de muy rigurosa severidad?

—En absoluto. Nuestro confinamiento es necesariamente estricto; pero el tratamiento... el tratamiento médico, quiero decir... es más bien agradable para los pacientes que lo contrario.

—¿Y el nuevo sistema es una invención suya?

—No del todo. Algunas partes del mismo son atribuibles al profesor Tarr, de quien usted, necesariamente, habrá oído hablar; y, de nuevo, hay modificaciones en mi plan que me complace reconocer como pertenecientes por derecho al célebre Fether, con quien, si no me equivoco, tiene usted el honor de mantener una íntima amistad.

—Me avergüenza confesar —repliqué— que nunca antes había oído siquiera los nombres de ninguno de los dos caballeros.

—¡Santos cielos! —exclamó mi anfitrión, retirando su silla bruscamente y alzando las manos—. ¡Seguramente no le oigo bien! No habrá querido decir, ¿eh?, ¿que nunca ha oído hablar ni del erudito doctor Tarr, ni del célebre profesor Fether?

—Me veo obligado a reconocer mi ignorancia —repliqué—; pero la verdad debe mantenerse inviolable por encima de todas las cosas. Sin embargo, me siento humillado hasta el polvo, por no estar familiarizado con las obras de estos, sin duda, extraordinarios hombres. Buscaré sus escritos de inmediato, y los examinaré con deliberado esmero. Monsieur Maillard, usted realmente... debo confesarlo... usted realmente... ¡ha hecho que me avergüence de mí mismo!

Y este era el hecho.

—No diga más, mi buen joven amigo —dijo él amablemente, estrechándome la mano—. Acompañeme ahora con una copa de Sauterne.

Bebimos. La compañía siguió nuestro ejemplo sin reparos. Charlaron... bromearon... rieron... perpetraron mil absurdos... los violines chirriaron... el tambor redobló... los trombones bramaron como tantos toros de bronce de Falaris... y la escena entera, empeorando gradualmente más y más, a medida que los vinos ganaban la partida, se convirtió al fin en una especie de pandemónium in petto. Entretanto, Monsieur Maillard y yo mismo, con algunas botellas de Sauterne y Vougeot entre nosotros, continuamos nuestra conversación a grito pelado. Una palabra dicha en un tono ordinario no tenía más posibilidades de ser oída que la voz de un pez desde el fondo de las cataratas del Niágara.

—Y, señor —dije, gritándole al oído—, ¿mencionó usted algo antes de la cena sobre el peligro que se corría en el antiguo sistema de la suavidad? ¿Cómo es eso?

—Sí —replicó—, había, ocasionalmente, un peligro muy grande, ciertamente. No se puede dar cuenta de los caprichos de los locos; y, en mi opinión, así como en la del Dr. Tarr y el profesor Fether, nunca es seguro permitirles andar sueltos sin vigilancia. Un demente puede ser «suavizado», como se le llama, durante un tiempo, pero, al final, es muy propenso a volverse revoltoso. Su astucia, también, es proverbial y grande. Si tiene un proyecto en mente, oculta su designio con una sabiduría maravillosa; y la destreza con la que finge cordura presenta, al metafísico, uno de los problemas más singulares en el estudio de la mente. Cuando un loco parece completamente cuerdo, de hecho, es hora de ponerle una camisa de fuerza.

—Pero el peligro, mi querido señor, del que hablaba usted, en su propia experiencia... durante su control de esta casa... ¿ha tenido razones prácticas para pensar que la libertad es arriesgada en el caso de un demente?

—¿Aquí? ... ¿en mi propia experiencia? ... Vaya, puedo decir que sí. Por ejemplo: ... no hace mucho tiempo, ocurrió una circunstancia singular en esta misma casa. El «sistema de la suavidad», ya sabe, estaba entonces en funcionamiento, y los pacientes andaban sueltos. Se comportaban notablemente bien... tan especialmente bien, que cualquiera con sentido común podría haber sabido que alguna trama diabólica se estaba gestando a partir de ese hecho particular, que los tipos se comportaban tan notablemente bien. Y, dicho y hecho, una buena mañana los cuidadores se encontraron atados de pies y manos, y arrojados a las celdas, donde fueron atendidos, como si ellos fueran los dementes, por los propios dementes, que habían usurpado los oficios de los cuidadores.

—¡No me diga! ¡Nunca he oído nada tan absurdo en mi vida!

—Un hecho... todo sucedió por medio de un tipo estúpido... un demente... que, por algún medio, se le había metido en la cabeza que había inventado un sistema de gobierno mejor que cualquiera del que se hubiera oído hablar antes... de gobierno de dementes, quiero decir. Deseaba poner a prueba su invención, supongo, y así persuadió al resto de los pacientes para que se unieran a él en una conspiración para el derrocamiento de los poderes reinantes.

—¿Y realmente tuvo éxito?

—No cabe duda. Los cuidadores y los cuidados pronto se vieron obligados a intercambiar lugares. No exactamente eso tampoco... pues los locos habían estado libres, pero los cuidadores fueron encerrados en celdas de inmediato, y tratados, lamento decir, de una manera muy arrogante.

—Pero presumo que pronto se efectuó una contrarrevolución. Esta condición de las cosas no pudo haber existido por mucho tiempo. La gente del campo de los alrededores... los visitantes que venían a ver el establecimiento... habrían dado la alarma.

—Ahí se equivoca. El jefe rebelde fue demasiado astuto para eso. No admitió a ningún visitante en absoluto... con la excepción, un día, de un joven caballero de aspecto muy estúpido del que no tenía motivos para temer. Le

dejó entrar a ver el lugar... solo por variar, ... para divertirse un poco con él. Tan pronto como lo hubo embaucado lo suficiente, lo dejó salir, y lo envió a sus asuntos.

—¿Y cuánto tiempo, entonces, reinaron los locos?

—Oh, mucho tiempo, ciertamente... un mes, sin duda... cuánto más, no puedo decirlo con precisión. Entretanto, los dementes tuvieron una temporada de lo más alegre... eso puede jurarlo. Se quitaron sus propias ropas raídas, y dispusieron libremente del guardarropa y las joyas de la familia. Las bodegas del château estaban bien provistas de vino; y estos locos son justamente los demonios que saben cómo beberlo. Vivieron bien, puedo asegurárselo.

—¿Y el tratamiento... cuál fue la especie particular de tratamiento que el líder de los rebeldes puso en funcionamiento?

—Vaya, en cuanto a eso, un loco no es necesariamente un tonto, como ya he observado; y es mi honesta opinión que su tratamiento fue un tratamiento mucho mejor que aquel al que sustituyó. Era un sistema realmente excelente... simple... pulcro... sin problemas en absoluto... de hecho, era delicioso.

Fue aquí donde las observaciones de mi anfitrión se vieron interrumpidas por otra serie de alaridos, del mismo carácter que los que nos habían desconcertado previamente. Esta vez, sin embargo, parecían proceder de personas que se acercaban rápidamente.

—¡Santos cielos! —exclamé—. Los dementes se han soltado, sin la menor duda.

—Mucho me temo que así es —replicó Monsieur Maillard, poniéndose ahora excesivamente pálido.

Apenas había terminado la frase, cuando se oyeron fuertes gritos e imprecaciones bajo las ventanas; e, inmediatamente después, se hizo evidente que algunas personas en el exterior estaban intentando ganar acceso a la habitación. La puerta fue golpeada con lo que parecía ser un mazo, y los postigos fueron forzados y sacudidos con prodigiosa violencia.

Siguió una escena de la más terrible confusión. Monsieur Maillard, para mi excesivo asombro, se arrojó debajo del aparador. Había esperado más

resolución de su parte. Los miembros de la orquesta, que, durante los últimos quince minutos, habían parecido demasiado intoxicados para cumplir con su deber, se pusieron ahora todos de un salto en pie y se abalanzaron sobre sus instrumentos, y, trepando a su mesa, irrumpieron, de común acuerdo, en «Yankee Doodle», que interpretaron, si no exactamente afinados, al menos con una energía sobrehumana, durante todo el alboroto.

Entretanto, sobre la mesa principal del comedor, entre las botellas y las copas, saltó el caballero al que, con tanta dificultad, se le había impedido saltar allí antes. Tan pronto como se acomodó firmemente, comenzó una oración, que, sin duda, fue excelente, si tan solo se hubiera podido oír. En el mismo momento, el hombre con la predilección por la pirinola, se puso a girar alrededor del aposento, con inmensa energía, y con los brazos extendidos en ángulo recto con su cuerpo; de modo que tenía todo el aire de una pirinola, de hecho, y derribaba a todo el que se le ponía en el camino. Y ahora, también, oyendo un increíble estallido y burbujeo de champán, descubrí al fin, que procedía de la persona que interpretó la botella de esa delicada bebida durante la cena. Y luego, de nuevo, el hombre-rana croaba como si la salvación de su alma dependiera de cada nota que profería. Y, en medio de todo esto, el continuo rebuzno de un burro se elevaba por encima de todo. En cuanto a mi vieja amiga, Madame Joyeuse, realmente podría haber llorado por la pobre dama, parecía tan terriblemente perpleja. Todo lo que hizo, sin embargo, fue quedarse de pie en un rincón, junto a la chimenea, y cantar incesantemente a pleno pulmón: «¡Quiquiriquí-quiiiiiiii-i-i-i-i-oh!»

Y ahora vino el clímax... la catástrofe del drama. Como no se ofreció resistencia, más allá de los alaridos, los gritos y los quiquiriquís, a las intrusiones del grupo de fuera, las diez ventanas fueron muy rápidamente, y casi simultáneamente, rotas. Pero nunca olvidaré las emociones de asombro y horror con las que miré, cuando, saltando a través de estas ventanas, y cayendo entre nosotros *pêle-mêle*, peleando, pateando, arañando y aullando, irrumpió un auténtico ejército de lo que tomé por chimpancés, orangutanes o grandes babuinos negros del Cabo de Buena Esperanza.

Recibí una paliza terrible... después de lo cual rodé bajo un sofá y me quedé quieto. Después de yacer allí unos quince minutos, durante los cuales escuché con todos mis oídos lo que estaba sucediendo en la habitación, llegué a un desenlace satisfactorio de esta tragedia. Monsieur Maillard, al

parecer, al darme el relato del demente que había incitado a sus compañeros a la rebelión, había estado meramente relatando sus propias hazañas. Este caballero había sido, de hecho, unos dos o tres años antes, el superintendente del establecimiento, pero se volvió loco él mismo, y así se convirtió en paciente. Este hecho era desconocido para el compañero de viaje que me presentó. Los cuidadores, diez en número, habiendo sido repentinamente reducidos, fueron primero bien embreados, luego... cuidadosamente emplumados, y después encerrados en celdas subterráneas. Habían estado así encarcelados durante más de un mes, período durante el cual Monsieur Maillard les había permitido generosamente no solo el alquitrán y las plumas (que constituían su «sistema»), sino también algo de pan y abundante agua. Esta última se la bombeaban encima a diario. Finalmente, uno, escapando a través de una alcantarilla, dio la libertad a todo el resto.

El «sistema de la suavidad», con importantes modificaciones, se ha reanudado en el château ; sin embargo, no puedo evitar estar de acuerdo con Monsieur Maillard en que su propio «tratamiento» era excelente en su género. Como él observó justamente, era «simple... pulcro... y no daba ningún problema en absoluto... ni el más mínimo».

Solo me resta añadir que, aunque he buscado en todas las bibliotecas de Europa las obras del doctor Tarr y el profesor Fether, hasta el día de hoy, he fracasado estrepitosamente en mis esfuerzos por conseguir una edición.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB